

DUODÉCIMO TRIMESTRE.

CAPILLADA 241.

21 de abril de 1840.

FR. GERUNDIO.



MIS PASOS DE VIERNES SANTO.



Sali temprano de casa
con ánimo el mas resuelto
de andar muchas estaciones
y ver muchos monumentos.

Prevíneme de quita-aguas,
que en días de tanto duelo
lo que no lloran los hombres
lo suele llorar el cielo.

TOM. X.

6

Veíanse en lontananza
nubarrones harto negros,
que descargar prometieran
abundantes aguaceros.

Y que así yo los temía
como temen en los pueblos
contribuciones, gabelas,
facciones y presupuestos.

Aunque iba á andar el Via-crucis,
yo de cruz marchaba esento,
que no soy yo Redentor,
ni casado, á lo que creo.

A ver la cara de Dios
guié mis pasos primeros,
que en la plaza de Aflijidos
se enseña allá en un estremo.

Pero las malditas nubes
más que yo andaba corrieron,
y á descargar comenzaron
el chubasco mas tremendo.

Vertían los canalones
chorros de agua, cual proyectos
en el Congreso y Senado
ha chorreado el gobierno.

Abrí mi paragua apenas,
cuando de frente me encuentra
con una hermosa María,
no de las del Evangelio.

Me conoce, la conozco,
y á fuer de buen caballero,

ella sin paraguas viene,
y el mio fino la ofrezco.

Y á guisa de diputado
empleado del gobierno,
oyó la proposicion
y al instante dijo: «acepto.»

Y no siendo en tales lances
gubernamental el *Veto*,
la sancion fue de un instante,
la posesion del momento.

Ella se fue complacida,
yo seguí camino recto;
bien que desde entonces fuera
mas torcido que derecho.

Porque en Madrid cuando llueve
todos parecemos ébrios,
formando eses y mas eses
y en continuo culebréo.

Hubiérame guarecido
en el portalon primero,
mas era la hora avanzada,
y se iba á cerrar el templo.

Contemplad, almas piadosas,
en la primera estacion
á Fr. Gerundio sufriendo
toda el agua del turbion.

Que tanto nos cuesta, hermanos,
el ver la cara de Dios
cuando se halla en el camino

una cara como un sol.

En fin proseguí mi ruta
con ánimo el mas resuelto
de andar muchas estaciones
y ver muchos monumentos.

Llegué á la ansiada plazuela
mas mojado que un cangrejo,
y eso que no fuí retrógrado,
sino que marché en progreso.

De Afligidos la han llamado,
es verdad, nuestros pretéritos,
mas pienso que allí yo solo
era el afligido y tétrico.

Cierto es tambien que llovía
sin relámpagos ni truenos,
pero á mí bien me atronaron
los hombres de aquellos puestos

Con voces de: «buenos bollos;
¿quién quiere ricos buñuelos?
«Calentitos, calentitos;
«baratos son, caballero.»

Barata también la cara
de Dios se estaba vendiendo,
á dos cuartos en algunos,
á cuarto en los otros puestos.

Pero ¡ay qué cara tan cara
¡oh Dios! me iba á mí saliendo!
¿mas quién el rostro divino
logró ver á bajo precio?

Fuime acercando á la puerta ;
probé á entrar en aquel templo,
si á una ermita en miniatura
este nombre aplicar puedo.

Que no sé quién inventó
en un local tan estrecho
guardar lo que á ver se agolpa
con afan un pueblo inmenso.

¡Ay que entrada, hermanos míos!
Juro por Cristo unigénito
que la entrada en Castellote
costó menos al ejército.

Porque al fin allí en la brecha
que para tomarle hicieron
solo que temer habria
los enemigos de dentro.

Y en esta brecha eran todos
enemigos de mi cuerpo,
que por retaguardia y flancos
le hostilizaban á un tiempo.

Es tradicion respetable
que los judíos protervos
dieron cinco mil azotes
á Cristo redentor nuestro,

y que todos los sufriera
callando como un cordero.

Yo tambien por ver su cara
sufri cinco mil lo menos.

No azotes; pero codazos,
empellones, pisotéos;

que también sufrí callando
por no agravar el tormento.

Porque sino eran judios,
sayones ni fariséos,
era una turba *non sancta*
de manólas y chisperos.

Y si yo chistado hubiera,
tengo por cierto y muy cierto
que me hubieran contestado
con el *Crucifije eum.*

Y aun callando como un tronco
tube que oír mil requiebros:

«Mire el señor, me decian:

«Vaya el cara de estifermo.

«Apártese allá el futraque;

«no arrempuje el don Camueso;

«chica, ¿has visto el *Eci-ómo?*

«—No.—Pos aqui leestas viendo.

Logré por fin embutirme:
ya atisé el sagrado lienzo;
pero en vano contemplarle
devoto quise y atento.

Y en vano rezarle quise,
pues al empezar un Credo
comenzaron á oscilarme
de un lado al otro del templo.

Como ministerio en crisis,
asi fluctuaba mi cuerpo,
hasta que al fin á un empuje
hice dimision del puesto.

Esto es, renuncié por fuerza,
y salí ni mas ni menos
que muchos que yo conozco
salieron del ministerio.

Para limpiarme el sudor
voy á echar mano al pañuelo....
y ¡oh desdichas! el bolsillo
encuentro vacío y hueco.

Soplómele un mal ladrón;
dije mal, un ladrón bueno;
que en materia de ladrones
el mejor es el mas diestro.

Pero por bueno que fuera,
si un día juntos nos vemos,
no le diré como Cristo,
«in paradiso eris mecum.»

Que ante la cara de Dios
al juicio final le reto.....
¿mas qué retar ni qué alforja
si en su cara hizo el saqueo?

En esto no salí yo
cual ministro de estos tiempos
que estos encuentran de más,
y yo solo hallé de menos.

Contemplad, almas piadosas,
en la segunda estacion,
lo que costó á Fr. Gerundio
el ver la cara de Dios.

Contempladle magullado,

y tras tanta contusion,
quebrantado, y sin pañuelo
para limpiarse el sudor.



La lluvia cesado había,
mas no quedó tan sereno
como acaso lo estuviera
el que me robó el pañuelo.

Yo proseguí mi camino
con ánimo el mas resuelto
de andar muchas estaciones
y ver muchos monumentos.

Iban regando las calles
arroyos de uno á otro extremo,
cual torrentes desgajados
de la cima del Carmelo.

Tal que por la alcantarilla,
ó conducto ó sumidero
que llaman de Leganitos
bajaba ya un riachuelo,
por supuesto improvisado,
como en estos turbios tiempos
se improvisan las fortunas
de ciertos por ciertos medios.

Colocado allí por puente
hallé un tabloncillo viejo,
que del arca de Noé
debiera ser algun resto.

Lleno de dificultades,
de nudos y de tropiezos,

como el puente de los asnos
para gramático nuevo.

El puente de *quis vel qui*
le llamé yo desde luego,
y en política pudiera
llamarle el puente-proyecto.

Por ser tan provisional
como son todos los nuestros;
se hacen para los apuros,
pasa el turbion, y *laus Deo*.

Pero haciéndome ya cargo
que en estos tiempos revueltos
es feliz quien de salvarse
en una tabla halla medio.

Lancéme en él con arrojo;
entré en la cuestion de lleno,
porque cuestion era el puente
no de poco mas ó menos.

Pasé con felicidad,
gracias á S. Nicodemus;
y cuando me disponia
á proseguir muy contento.

Caballero, los dos cuartos,
me dijo un hombre muy feo;
miré al bolsillo y le dije,
amigo, no traigo suelto.

—Pues lo traerá vd. atado,
replicó en tono severo.

—Tampoco; dejé el bolsillo
Sin duda en otro chaleco;

—O me paga ó le sacudo,
ó me deja aqui el sombrero.
—¿Vd. sabe quién soy yo?
—Sea usted el diablo del infierno.

Contemplad, almas piadosas,
en la tercera estacion
á Fr. Gerundio en peligro
de llevar un bofeton.

Si tenéis que pasar puentes,
no vayais como fui yo,
porque quizá de un cachete
vereis la cara de Dios.

Dejéle al fin una prenda,
con que quedó satisfecho:
y bien pudiera quedarlo,
el hijo de los infiernos.

Yo proseguí mi camino
con ánimo el mas resuelto
de andar muchas estaciones
y ver muchos monumentos.

Como unos trescientos pasos
sobre poco mas ó menos
llevaba otra vez andados,
cuando étele que me encuentre

Otro torrente, otro arroyo,
que por lo turbio y revuelto
sino era un brazo de mar,
era un dedo del mar Negro.

No sé el nombre de la calle,

peró por las señas pienso,
que era la de la Amargura,
donde sucedió el encuentro.

Aquí para transitar
un canto de trecho en trecho
colocó algun penitente
que quisó pasar primero.

Por cierto que no debía
ser muy músico el mancebo,
al menos de cantos llanos
no entendia un sacramento.

Porque eran tan puntiagudos,
que bien pudiera un vidriero
para cortar los cristales,
servirse en un caso de ellos.

Tan móviles é inseguros,
que dudé por un momento
si por acaso serian
empleados del gobierno.

Fijé con mucho cuidado
el pie izquierdo en el primero,
y al sentar en el segundo
con mucho pulso el derecho.....

Paf..... allá vá Fr. Gerundio.....
púseme como un almejo:
¡oh qué cosas de nosotros
contarán nuestros traseros!



Contemplad, almas piadosas,
en esta cuarta estacion.....

cuál mi cuerpo se pondría,
cuál sería mi dolor.

Levantéme sin pereza,
y con ánimo resuelto
de andar muchas estaciones
y ver muchos monumentos.

Para colmo de mis dichas
comenzó á llover de nuevo,
y empapado en devocion
recogime al primer templo.

Agrupáronse á la puerta
las gentes en tales términos,
que me fue imposible entrar
por mas que la eché de intrépido.

Sacudí seis pisotones,
estrujé cuatro sombreros,
rompí un frac y dos levitas,
y rasgué á una hermana el velo.

Al ver tan fiero destrozo
todos de comun acuerdo
lanzarme determinaron
por leyes de buen gobierno.

Contemplad, almas piadosas,
en esta quinta estacion.....
pero no contempleis nada,
que harto he contemplado yo.

Y retiréme á mi casa
con ánimo el mas resuelto

de no andar mas estaciones,
ni visitar monumentos (1).

LOS REOS DE MUERTE Y LA BOLSA DE JUDAS.

Amohinado por demás llegué á mi gerundiana celdita: referí á Tirabeque mis azares y trabajos; me mudé de pies á cabeza, y resuelto á que no pasase el dia sin emplear al menos una parte de él en algun acto religioso, determiné, y asi se lo preceptué á mi buen lego, el que fuésemos juntos á los oficios de la Real Capilla. Asi lo hicimos en uso de nuestros imprescriptibles derechos; y era de ver á Tirabeque marchando por aquellos claustros y galerías de Palacio con una gravedad que parecia una persona de provecho.—¿Qué circunspecto vas, Pelegrin!—Señor, es el humillo de Palacio. A todos los gáulicos se nos deja trascender no sé qué airecillo palaciego.....—Aulicos has de decir, hombre, que no gáulicos: y temprano empiezas á decorarte con semejante dictado.—Diga vd., señor: ¿viven aqui en palacio los albarderos?—¿Qué albarderos, hombre?—Señor, estos que traen estas varas largas con un pincho á la punta y una media luna al lado.—Estos se llaman alabarderos, hombre, que no albarderos: la

(1) Ya se entenderá que este propósito fue mas poético que positivo, como conocerán tambien mis lectores por el artículo que sigue.

albarda la merecias tu. Está visto, Pelegrin, que tu alcurnia y tu instruccion no te han formado para los palacios reales, á que solo debieran pertenecer las personas que ó por su cuna, ó mas todavía por su honradez, instruccion y talentos merecen rodear á los príncipes y habitar donde ellos habitan.

Llegamos así á la puerta de la Real capilla, y arribamos hasta unos sencillos bancos de madera estrechos y sin respaldos que forman una especie de valla. A poco rato entraron en la tribuna S. M. y A. con algunas personas de la regia comitiva que se colocaron detras y en pié; dieron principio los divinos officios que celebró el Patriarca. Los bancos que servian de valla fueron ocupados por sacerdotes, que vistos por Tirabeque, me preguntó al instante al oído: «Señor, qué cleriguillos son estos que se nos han puesto delante?—No estan malos cleriguillos, tonto: son los capellanes de Honor.—Señor, como vienen con una simple sobrepelliz ni mas ni menos que la llevan los curas de mi lugar.....—Verdad es, Pelegrin, que siendo como son todos prebendados de iglesias catedrales, y sobre todo siendolo ahora de la primera iglesia de España, parece que deberian estar vestidos con mas dignidad; pero S. M. abundando en este mismo pensamiento tiene ideado ya para ellos un traje de tanto gusto como decoro, que es de creer será llevado á efecto y adoptado.—Señor, falta que despues se ejecute lo que mande S. M.—Pues

no faltaria otra cosa, hombre.—Vamos, Señor, que no siempre se ejecuta lo que S. M. manda; y en prueba de ello le podría contar á vd.....—Mira, en saliendo de aqui me lo contarás: por ahora calla y atiende con la circunspeccion y compostura que debes á los divinos oficios.

Siempre que volvía la cara, observaba yo á Tirabeque mirando de hito en hito á las personas reales, que seguramente daban ejemplo de devocion cristiana, y que no dejaria de llamar la atencion al embajador francés que alli tambien estaba; sobre lo cual no quise hacer insinuacion alguna á Pelegrín, porque no me saliese con una de las que acostumbra siempre y cuando se toca el punto de los embajadores de aquella nacion.—¿Señor?—¿Qué quieres, hombre?—Aquel Obispo que está alli á la izquierda le vi yo ayer en la carcel.—¿En la carcel!—Si señor: el mismo es, que no se me ha despintado: alli le vi con motivo.....—Calla ahora, que en saliendo me lo contarás.

Era el dignísimo Arzobispo de Valencia, señor Posada. Concluidos los oficios, adoracion y procesion, vimos á este mismo prelado tomar una bandeja en que iban unos papeles en forma de expedientes atados con una cinta negra y conducirlos á la tribuna de SS. MM. La augusta Reina Gobernadora pronunciando unas palabras que no pude percibir, puso la mano sobre ellos, y acto continuo fueron retirados con la misma ce-

remonia. Eran las tres causas de reos de muerte que se sortean todos los años en las audiencias del reino, y á quienes los Reyes católicos como en testimonio de su real clemencia y en memoria sin duda del perdón que en semejante día se dignó otorgar el Rey de Reyes al ladrón que con él fue crucificado, hacen condonación de la pena de muerte á que se hallen sentenciados. Miraba Tirabeque lleno de absorción esta grave y sublime ceremonia cuya significacion le era desconocida.—Señor, me dijo entonces: yo apuesto á que á ningún ladrón gordo le ha tocado la suerte de ser perdonado.—¿Y porqué no le ha de tocar? ¿Ni cómo puedes tú saberlo?—Porque segun vd. dice, las causas esas son de reos de muerte, y en España los ladrones gordos no son reos de muerte.—Tirabeque, esa es una alusion á los tribunales que no puedo permitir.—Cuando salimos le pregunté: «y bien ¿no me dijiste que habias visto en la carcel al hermano Arzobispo de Valencia? ¿pues á qué fuiste tu allí y con qué motivo estaba él?

Le diré á vd., señor. En estos *chiveles* nos tumbro yo todos los años á ir al *estordó* de corte á hacer una visita á los *estarados*, y á consolar del modo que puedo á aquellos infelices que *sinclan en ruche*, incluso los que no puedo *dicar* por estar en los *chiscones*; y donde están este año no solo los *randas* y los *piras de veró*, sino tambien los que fueran *estarados* por los sucesos del día 24. En esto que estando en el patio, entró el *Juraé*

del Estardó á intimar á los que allí se hallaban que desalojasen el local.—Que me la claven en la frente, Pelegrin, si te he entendido una palabra de esa gerga para mí desconocida en que te expli-
cas.—Hablo en el lenguaje de las cárceles, señor. Ya me irá vd. entendiendo.

A poco rato apareció el hermano Arzobispo de Valencia en el *Cangri*, con su correspondiente comitiva, y empezó á lavar los pies á doce presos que representaban los doce apóstoles. Ya estaba principiada la ceremonia, cuando entró el hermano Calderon Collantes, el que le hizo á vd. *achantarse* cuando aquello de las Ruedas de molino; al cual *agaravandolo* uno de aquellos hermanos por la *vai*, le llevó cruzando por delante del altar y del prelado hasta dejarle aposentado. Y como en el *estardó* es costumbre que cuando uno no camina bien con los *chiripitos*, le ayude otro á caminar llevándole del brazo haciendo de Cirineo, miraban los *estarados* á las piernas del conducido á ver si llevaba todavía enredados en ella los *azotes*. Concluido el lavatorio, el hermano Calderon entregó á cada uno de los apóstoles una bolsita con dinero, sin duda en memoria de la traición y venta que hizo Judas á su divino maestro ¡Si viera vd., señor, qué cosas y qué ocurrencias se les ofrecieron á los presos, y aun á los mismos *chineles* con motivo de ver en las manos del hermano Calderon la bolsa de Judas!—Amigo, me dejas pasmado con ese lenguaje técnico de las

cárceles, que no sé cuándo ni donde puedas haber aprendido, puesto que nunca has estado preso ni vivido entre gitanos (1).

TINIEBLAS EN PRIMER DIA DE PASCUA.

Pasó por fin la semana santa, y pasó sin que en la catedral de Toledo se pusiera este año el magnífico monumento, ni hubiera procesiones, ni sermones *de las tres horas* que llaman allí, lo cual dió ocasion á que las tias toledanas esclamáran compungidas: «y dirán que no se acaba la religion!» Pero por fin pasó y vino la pascua con su alegría y sus diversiones y su nuevo año cómico. Era un acontecimiento en Madrid la vuelta á sus teatros de los célebres actores D^ñ Matilde Díez y D. Julian Romea, y aguardabase con general curiosidad su primera presentacion en la escena despues de un año que faltaban de ellos. Verificóse pues su nueva salida en la noche del domingo con la lindísima comedia titulada *La Segunda dama Duende*.

Ejecutáronla con la maestria que ya tienen

(1) Explicacion de los términos carcelarios de Tirabeque. *Chiveles*, dias: *esturda*, carcel: *esturados*, presos: *sinclan en ruche*, estan sin un cuartio: *dicar*, ver: *chiscones*, calabozos: *rundas y pirus de veró*, ladrones y desertores de presidio: *Jurai del esturda*, alcaide de la carcel: *Cangri*, iglesia ó capilla: *achantarse*, callar: *agarradolo de la cui*, tomándole de la mano: *chirivitos*: grillos: *azotes*, la faja: *chiveles*, esbirros.

acreditada tan distinguidos actores, y aun el jóven D. Florencio Romea mostró haber hecho adelantos en el año de su emigracion, cosa natural en quien desea perfeccionarse en un arte, y que yo Fr. Gerundio no lo haria notar si no estuviera viendo todos los dias á los mas famosos actores de nuestro teatro político, que después de diez años de emigracion y de andar por el extranjero, han vuelto sin que se les advierta adelanto alguno en el arte de representar, como no sea en el de embrollarnos cada dia mas y de hacer á las mil maravillas la segunda pieza que se representó el Domingo, á saber, *las tramas de Garulla*. En esta parte es innegable que hay entre ellos *Garullas* á escoger.

Pero por mas que cada uno de los actores desempeñara bien su papel, no se puede decir que se lucieron; porque mal puede nadie lucirse donde no hay luces, y aquella noche á la mitad de la funcion ó antes nos quedamos á oscuras, verificándose la que no se habia visto nunca, tinieblas en primer dia de pascua. Con esto cada uno se echó á di-currir sobre las causas de que se fueran apagando tan pronto casi todas las canditejas de la lucerna pública, y de todas las conjeturas ninguna me pareció mas probable, á mí Fr. Gerundio el amante de las luces, como la de que siendo principio de año comico es natural que se estrepáran torcidas nuevas, y las torcidas nuevas son como los ministros nuevos, que chupan mucho, y á lo mejor se acaba la racion de aceite. Por esos caminos anda Sanmillan que no me dejará mentir. Y cuidado que no quiero decir por esto que él fuese de los ministros-torcidas; lejos de mí tal pensamiento; sino que hablando de ministros, ¿á quién ha de citar uno sino á ministros? *Peritis in arte*; es claro.

Y á propósito de Santillan. ¿Os acordais, hermanos míos, que dije en la capillada 239: creoa que se ha de hacer sentir en la administracion el haber salido una *M* y entrado una *T*? Pues ya la *T* va empezando á cumplir el gerundiano vaticinio. Lo primero que ha hecho ha sido mandar cesar cierta *comision reservada* para la cual la *M* habia enviado allá hácia Gibraltar á su hermano político y á otros empleados favoritos suyos, separando alguno de estos, haciendo volver los demas al desempeño de sus destinos, y haciéndoles que den cuenta de los fondos que hubiesen tomado para la susodicha *reservada comision*. Y en segundo lugar ha mandado la *T* al director del Tesoro que no solvete cantidad alguna para atenciones que no estén determinadas en los presupuestos, y sin que se le pida de real orden. Siga el hermano *Santillan* dando estas pruebas de pureza y de rigor administrativo, y sea del color político liberal que quiera, merecerá bien de la gerundiana capilla.

No hallé mas novedad material para el noventa y cinco cómico en el teatro del Príncipe, que habersé abierto otra puerta mas á la cazuela. Yo no sé si esto lo habrá hecho el ayuntamiento en desquite de las dos tribunas que se han cerrado recientemente en el Congreso; que el ayuntamiento y el Congreso por andar encontrados, lo andarán hasta en las tribunas y cazuelas.

Hermanos, os he enterado en esta capillada de lo que pasa en las ermitas, en la Capilla Real, en la cárcel, en las calles, en el ministerio, en el teatro y en las córtes, en los Afigidos y en los alegres, ¿quereis mas? Pues buscad quien os lo diga.

Editor responsable Francisco de S. Fuentes.

IMPRESA DE MELLADO.